

# Los hijos del azar: ver nacer sin placer, ver morir sin dolor. *La vida y la muerte de los párvulos en el discurso de las élites y en la práctica popular* (\*).

Nara Milanich(\*)

En su discurso ante al segundo Congreso Americano del Niño en 1919, el representante chileno, Dr. Oscar Fontecilla señalaba que "El porvenir de América no depende sólo de la calidad sino que también y muy especialmente del número de sus hijos." Su declaración reflejaba la fuerte corriente pronatalista que dominaba el pensamiento, tanto en América Latina como en Europa, a fines del siglo pasado y principios del este siglo. Al observar el descenso demográfico del último siglo, los comentaristas europeos se preocupaban de las consecuencias para la seguridad militar y el orden social.<sup>1</sup> En cambio, los latinoamericanos dirigieron sus esfuerzos hacia las altísimas y sostenidas tasas de mortalidad -y sobre todo mortalidad infantil- que se observaban en sus países.

En ninguna otra parte eran tan urgentes tales preocupaciones como en Chile, donde la muerte precoz se llevó a uno de cada cuatro niños nacidos a mediados del siglo diecinueve y, hacia fines del siglo, a uno de cada tres. Según fuentes contemporáneas e históricas, Chile tuvo la tasa de mortalidad infantil más alta de América Latina, Norteamérica y Europa a lo largo de este período.<sup>2</sup>

A partir de los años 70 los críticos sociales chilenos empezaron a preocuparse de estas

(\*)Universidad de Santiago de Chile  
Facultad de Humanidades  
Departamento de Historia

---

(\*) Deseo expresar mis agradecimientos a la Comisión Fulbright y al Programa de Estudios Agrarios de la Universidad de Yale, cuyo apoyo ha permitido la presente investigación.

- 1 *Sobre los discursos pronatalistas en Alemania, ver Cornelia Usborne, "Abortion in Weimar Germany," Continuity and Change 5(2) 1990, 199-224. Sobre Francia, Joseph Spengler, France Faces Depopulation. New York: Greenwood Press, 1968.*
- 2 *Por ejemplo, en el quinquenio de 1890 a 1894, la tasa de mortalidad era de 33.8%. Markos Mamalakis, Historical Statistics of Chile, vol. 2, Demography and Labor Force, Westport Ct, 1980, p.40. Salazar, entre otros, cita esta tasa como la más alta para los casos en que tales datos existen, Labradores, peones y prolerarios: Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. Ediciones Sur, Santiago, 1985, p. 134, y "Ser niño huacho en la historia de Chile. Siglo XIX", en Proposiciones, N° 19, 1990, pp. 55-83, p. 79). Después habría mejorado levemente Carlo Cipolla habla de una tasa de 264 por 1000 en el año 1900, ciertamente una mejoría en relación a lo referido, pero aún una cifra que ubica a Chile en el último lugar de una lista comparativa de mortalidad infantil en 22 países de Europa, América Latina y Asia (incluyendo India y Rusia), Historia Económica de la Población Mundial, 1989, Barcelona, Editorial Crítica, p. 108.*

cifras<sup>3</sup> y, ya a fines del siglo, el problema se había convertido en un asunto capital de los discursos positivistas emergentes de higiene y salud pública.<sup>4</sup> Fueron los médicos los que dominaron la campaña contra la mortalidad infantil y fueron ellos los que se beneficiaron de la legitimidad otorgada a la higiene, la salud pública y “la Ciencia del Niño” (es decir, la puericultura).<sup>5</sup> En las primeras décadas del siglo veinte, aparecieron ensayos, estudios científicos, revistas, congresos e instituciones de beneficencia, todos dedicados a la meta patriótica y humanitaria de proteger a los párvulos.

Los comentaristas interpretaban la tasa de mortalidad infantil como un indicador doloroso del nivel de civilización del país. Sostenían que la mortalidad infantil era una “terrible afrenta para el prestigio nacional”<sup>6</sup> que amenazaba la trayectoria histórica de la Nación. Como declaró el mismo Fontecilla, “nuestro ascenso hacia un grado superior de civilización y de cultura presupone un aumento rápido en nuestra población.”<sup>7</sup>

Pero no fue tan sólo una cuestión de orgullo nacional. El pronatalismo y la preocupación por la mortalidad infantil coincidieron con la percepción de que una significativa “escasez de brazos” amenazaba la capacidad productiva de la economía.<sup>8</sup> “El estudio exacto de las causas de mortalidad infantil tiene en nuestro país una importancia fundamental para el progreso de la nación”, sostuvieron dos médicos en el Primer Congreso Científico Pan-Americano en 1909. “Con un vasto territorio insuficientemente poblado i sin atraer todavía una corriente inmigratoria abundante i espontánea, no puede entreverse en fecha próxima un real progreso en sus fuentes de producción i en sus industrias si no es por el incremento natural de sus pobladores.”<sup>9</sup>

La prensa repetía tales creencias en elogiosas crónicas a milagrosos partos múltiples. Un reportaje sobre el nacimiento de cuatrillizos en un diario de Linares calificó a la parturienta como “una ciudadana que honra a su patria” y sostuvo que “si un millar de éstas tuviera, en Chile ya no necesitaríamos de la inmigración extranjera.”<sup>10</sup> Sin embargo, los médicos, que a fines del siglo empezaron a escribir sobre los desafíos demográficos que enfrentaba el país, parecían estar de acuerdo sobre el hecho de la “exuberante natalidad” chilena: el problema no era la tasa de natalidad sino la de mortalidad, y sobre todo la morta-

---

3 Luis Alberto Romero, “Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago, 1840-1895,” Nueva Historia 3:9, Londres, 1984, p. 40.

4 Ver René Salinas, “Salud, ideología y desarrollo social en Chile, 1830-1950,” Cuadernos de Historia 3, 1983, pp. 99-126.

5 Esta definición de la puericultura aparece en Isauro Torres, *Cómo tener y criar hijos sanos y robustos*, Editorial Nascimento, 1926, p. 26. La “medicalización” del problema es evidente en un editorial sobre el Primer Congreso de Gotas de Leche, reunido en Santiago en 1918. Sostiene que “la despoblación de un país es literalmente una enfermedad social.” (*El Mercurio*, 13 de septiembre, 1918).

6 Isauro Torres, *Op. cit.*, p. 24.

7 Fontecilla, *Op. cit.*, p. 737.

8 Es interesante notar que las preocupaciones por la escasez de mano de obra se expresaron a partir de los años 70 del siglo pasado, justo cuando la mortalidad infantil se convirtió en un asunto de interés para las élites. Arnold Bauer, *Chilean Rural Society from the Conquest to 1930*. NY: University of Cambridge Press, 1975, p. 149.

9 Dr. Roberto del Río y Dr. Alfredo Commentz, “Anotaciones sobre la Protección a la Infancia en Chile”, Relación presentada al Primer Congreso Científico PanoAmericano, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1909, p. 3.

10 La Idea, Linares, 26 de diciembre, 1874. Los elgios de la prensa sobre la fertilidad son frecuentes a lo largo del siglo. Por ejemplo, *El Eco*, Talca, 29 de Diciembre, 1855.

lidad de los párvulos.<sup>11</sup>

A pesar de exigir racionalidad y objetividad para enfrentar el problema, el discurso pronatalista de los médicos estaba, muchas veces, cargado de alarmismo y cierta paranoia. Un autor escribiendo bajo los auspicios de la Sociedad Protectora de la Infancia de Valparaíso, en 1895 avisó que, sin la inmigración, la población de la ciudad llegaría a extinguirse dentro de 90 años. Y no era tan sólo Valparaíso el que estaba *en peligro*. "Sí, señores, duro es confesarlo", dijo el director de la Escuela de Obstetricia i Puericultura de la Universidad de Chile a sus colegas en 1923, "pero si nuestra mortalidad jeneral, nuestra mortalidad infantil i la esterilidad voluntaria no se modifican...Chile irá hacia su despoblación."<sup>12</sup>

### *El discurso de la culpabilidad.*

Si bien estos médicos y críticos sociales reconocieron que la mortalidad infantil era resultado de las condiciones de vida de los pobres, también señalaron que "las causas de mortalidad ... no son fatales sino, por el contrario, casi voluntarias." Específicamente, sostenían que, además de las enfermedades, el agua contaminada, la falta de depuración de las aguas residuales, el hacinamiento habitacional y la desnutrición, era la acción o inacción de los padres (ya sea por ignorancia, descuido, negligencia "benigna," o comisión maligna) lo que fomentaba la mortalidad de los niños. En su aporte al Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia en 1912, el Dr. Luis Calvo Mackenna señaló que "la mitad, por lo menos, de los niños de pecho que llegan enfermos a los dispensarios, serían sanos y no tendrían enfermedades si sus madres hubieran sabido alimentarlos y cuidarlos en forma conveniente."<sup>13</sup> Otro médico llegó a declarar que "la enorme mortalidad de niños que se observa entre nosotros ... tiene por causa principal la falta de cuidado y la ignorancia de gran número de los padres y madres de familia."<sup>14</sup>

Pero no fueron estos médicos los que por primera vez proponían prestar atención a las deficiencias puericulturales de los padres en los sectores populares. En efecto, se inspiraban en creencias culturales que, al parecer, existían antes de la campaña contra la mortalidad infantil. Las supuestas deficiencias de los padres pobres aparecen en la prensa decimonónica a través de los reportajes de desgraciados accidentes infantiles. Un reportaje sobre el ahogamiento de un niño de cuatro años puso en tela de juicio la capacidad de la madre de la víctima que, aparentemente, no había ido en busca de ayuda cuando desapareció el niño: "no puede concebirse cómo una madre notando la desaparición de su hijo permanezca tranquila

---

11 Luis Calvo Mackenna y Alejandro Huneeus. "La puericultura y la beneficencia pública," Revista de Beneficencia Pública, Santiago, tomo I, num. 3, Noviembre, 1917.

12 Sobre Valparaíso, Juan Edwin Espic, "Consejos a las madres de familia para atender a los niños. Adaptación para Chile de los Consejos de la Academia de Paris.", Publicación del Registro Civil de Valparaíso, Imprenta de la Opinión, Sociedad Protectora de la Infancia, 1895, p. 4. Sobre la despoblación, Javier Rodríguez Barros: "Hacia la despoblación", Anales de la Universidad de Chile, tomo I, 1923, p. 42. Las cursivas aparecen en el original.

13 Dr. Luis Calvo Mackenna "Lo Que Deben Saber las Madres para Criar Bien a Sus Niños", en Trabajos y Actas del Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia, Publicados bajo la dirección del Dr. Manuel Camilo Vial, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912.

14 Causas voluntarias, M.L. Sierra y Eduardo Moore. "La Mortalidad de los Niños en Chile." Estudio enviado por el señor Augusto Matte, Ministro de Chile en Francia, a la Oficina del Registro Civil en Valparaíso, Imprenta y Litografía Central, Sociedad Protectora de la Infancia, 1895, p. 14: Falta de cuidado, Espic, Op. cit., p. 2.



i descansa hasta no descubrir su paradero. Desgraciadamente hai muchas cuya indolencia no tiene límites ...". Cuando otro niño se quemó jugando al lado de un fogón, un diario señaló que "este suceso desgraciado, en parte, es debido al poco cuidado de la jente del bajo pueblo, que sin prever las fatales consecuencias que trae consigo un descuido de esta naturaleza, dejan a sus hijos pequeños abandonados en circunstancias tan espuestas, que de un momento a otro son víctimas [de] ... escenas desgarradoras [que] por desgracia, se repiten con mucha frecuencia".<sup>15</sup> Así, los reportajes rutinarios de accidentes infantiles se convierten en acusaciones de deficiencias en el cuidado de los niños por parte de los padres pobres.

Los mismos temas aparecen en los discursos de los médicos ya a fines del siglo, pero vienen expresados en los términos *medicalizados* de la puericultura científica. Las enfermedades de la infancia se atribuían a la ignorancia de los padres en la alimentación y cuidado de sus niños. Si bien las madres de los sectores populares eran el blanco más común de estos comentarios, las madres de las clases acomodadas tampoco se encontraban por encima de toda crítica. "Son increíbles, inverosímiles los numerosísimos errores, las verdaderas extravagancias, en que en materia tan delicada incurren la jeneralidad de las madres, no sólo de las clases proletarias, sino de todas las clases sociales, aún de las que se tienen por más ilustradas," declaró un médico. Y en la discusión sobre las enfermedades gastrointestinales en los niños, sostuvo que "la causa única de este jénero de enfermedades en estos pequeñuelos consiste esclusivamente en la alimentación inadecuada que a éstos les da". De nuevo, se destacan las deficiencias maternas entre las causas de la frágil salud de los niños, y en particular de los niños pobres.<sup>16</sup>

Otra causa de la mortalidad infantil que identificaban explícita o implícitamente, la prensa y los médicos tenía que ver no con la ignorancia o incumplimiento de los deberes de puericultura, sino con esa zona difusa constituida por las actitudes culturales populares sobre la vida y muerte de los párvulos. Muy común fue el comentario de los médicos que proponían que el fatalismo excesivo de los sectores populares en relación a los niños enfermos fomentaba la mortalidad. Si la madre ha buscado consejos médicos para su hijo enfermo y "si la médica o comadre le ha indicado que morirá y el médico ha sido tan lijero y tan sin malicia para confiarle su pronóstico, ella con la mayor resignación vuelve a su casa a no cuidar más a un niño que demanda asistencia, gastos y sacrificios que serán perdidos."<sup>17</sup> Lo que provocaba la mortalidad del niño, en este caso, no era ni el descuido ni la ignorancia de los padres, sino un factor menos tangible y muchísimo más inquietante para las sensibilidades culturales de las élites: la supuesta falta de voluntad por parte los sectores populares para proteger y criar a su prole.

Las deficiencias afectivas de los padres se convertirían en otra preocupación de los críticos sociales. En su clásico ensayo de 1884, "La Cuestión Social en Chile," Orrego Luco sostiene que los párvulos de los pobres son "hijos del azar, que sus padres ven nacer sin placer y ven morir sin dolor."<sup>18</sup>

---

15 *La Esperanza*, Talca, 13 de Febrero, 1861 y *La Epoca*, Talca, 27 de octubre, 1864. Frecuentes reportes de accidentes de niños son registrados también en los diarios norteamericanos del siglo XVIII. John Walzer: "A Period of Ambivalence: Eighteenth-Century American Childhood," Lloyd DeMause, "The Evolution of Childhood," in *The History of Childhood*, L. DeMause, ed., *The Psychohistory Press*, NY, 1974.

16 R. Dávila Boza, "Mortalidad de los niños en Santiago: sus causas i sus remedios", *Revista Chilena de Higiene*, tomo V, 1899, p. 310.

17 Sierra y Moore, *Op. cit.*, p. 19.

18 Augusto Orrego Luco, "La Cuestión Social en Chile." [1884]. *Anales de la Universidad de Chile*, año CXIX, Nos 121-122, 1961, p. 50.

Para los comentaristas médicos y la prensa ilustrada la ausencia de vínculos afectivos, de los sectores pobres con su prole, encontraba su culminación en el *velorio del angelito*, rito en que se celebraba la muerte precoz de los niños jóvenes porque así se escapaban del sufrimiento de este mundo y se convertían en ángeles celestiales. A lo largo de la segunda mitad del siglo, la prensa y los médicos atacaron el *velorio* con implacable severidad, lo que calificaron como un rito "grotesco, inmoral y anti-religioso," digno de "cualquier tribu de países salvajes," que reflejaba el "atraso e ignorancia de nuestro pueblo."<sup>19</sup>

Si bien los excesos bacanales que solían acompañar el *velorio* fueron el blanco más común de las denuncias, otro aspecto del rito que escandalizaba a estos observadores eran las emociones impropias que demostraban los padres al morir sus hijos. Un diario calificó el *velorio* como "la bárbara e inmoral costumbre arraigada en el pueblo de trocar el sentimiento en las lágrimas que deben afligir a un padre en la pérdida de sus hijos, por la más desesperada alegría." Por otra parte, tales creencias, provocaban consecuencias fatales. Un médico llegó a sostener que: "esta noción estúpida y grosera ha producido mayor mortalidad en los niños que las mismas enfermedades que les son naturales." Es decir, la creencia en el *angelito* era más peligrosa para los niños pobres que las epidemias mortales de viruela, alfombrilla, escarlatina, o difteria que azotaban sus comunidades.<sup>20</sup>

Para las élites, la creencia popular del *angelito* indicaba que no bastaba la instrucción popular en la puericultura. Para enfrentar la mortalidad infantil era necesaria una especie de ingeniería cultural que transformaría las actitudes y creencias populares que, según los comentaristas, provocaban la muerte precoz. Se pone de relieve este intento por redefinir las prácticas de puericultura popular en una serie de guías para madres que se difunden en el período. En una de ellas, se dice: "deben saber y tener perfecta conciencia ... que el hacer *angelitos* del cielo, es sembrar la tierra de infanticidios y asesinatos." La metáfora es reveladora.

En esta conceptualización, la muerte del párvulo ya no es función de la voluntad divina inefable, sino de la agencia humana. "Causar la muerte de una criatura aplastándola en el lecho durante el sueño, o envenenándolo con los ácidos malsanos que se desarrollan por falta de limpieza en la mamadera que se da al niño, todo por mera imprudencia y omisión, puede costar a la madre o a la nodriza, que se haya hecho culpable de ese descuido, hasta 3 años de reclusión en un presidio, o de relegación a un punto determinado de la República," avisó el autor de la guía.<sup>21</sup> En el discurso de la culpabilidad, el hacer *angelitos* deviene en una matriz perversa y hasta criminal de creencias y prácticas populares-la ignorancia, la irresponsabilidad, el descuido, el fatalismo- que contribuyen a la mortalidad infantil.

---

19 *La Verdad*, San Fernando, 10 de Marzo, 1901. Sierra y Moore, p. 14. *La Opinión de Talca*, 22 de Julio, 1863.

20 *La Esperanza*, Talca, 10 de Noviembre, 1860. Sobre las consecuencias mortales del rito, Luis Astaburuaga, "Niños y angelitos", Revista de la Sociedad Protectora de la Infancia de Valparaíso, N° 11, 1896, p. 52. Sobre el rito del *angelito* en general, ver Nancy Scheper-Hughes: *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley: University of California Press, 1992, pp. 416-423. Sobre la perspectiva de un contemporáneo, ver Baldomero Lillo el cuento "El *Angelito*" en *Relatos Populares, Nacimiento*, Santiago, 1942, pp. 219-234.

21 *Espic*, Op. cit., pp. 6 y 3.

### *El infanticidio en el discurso de la élite.*

Si bien son los temas de la ignorancia, la indiferencia y el descuido pasivos los que dominan el discurso de la élite, los comentaristas también creían que la muerte premeditada de los párvulos -esto es, las prácticas del infanticidio y el abandono- era común en el bajo pueblo. Fue la prensa la que, con mayor intensidad difundía la opinión de que las madres pobres "desnaturalizadas" solían botar a sus recién nacidos (normalmente ilegítimos) en las calles de las ciudades. Un diario santiaguino señaló que "con una frecuencia harto desgraciada i vergonzosa para una ciudad como la nuestra, se están encontrando en las calles públicas, en las acequias, en las puertas de los conventos, etc., cadáveres de párvulos abandonados ..." Otro afirmó, "casi no pasa día sin que la crónica de los diarios deje de abundar en datos para comunicar al público novedades de ese jénero ..." y, concluyó, "los jueces ... no pueden cruzarse de brazos en presencia de los crímenes que se están delatando con una frecuencia que conturba el corazón ... No pueden permanecer indiferentes ante el cuadro contra la moral i la lei que representa el infanticidio ..." <sup>22</sup> Aunque observaciones como éstas seguramente son exageradas, los diarios chilenos del siglo pasado abundan en reportajes de los hallazgos de párvulos, en las vías públicas y en el campo, vivos o muertos, al parecer víctimas de infanticidio o de abandono.

Es aquí donde el tema de la culpabilidad encuentra su culminación. Se consideraba a los padres de los sectores populares colectivamente culpables del infanticidio pasivo a través de la ignorancia grotesca, la indiferencia y el descuido escandalosos y las creencias culturales con respecto a la vida y muerte de su prole pero, además, se les atribuía el asesinato intencionado y premeditado de sus niños.

No fue la prensa el único defensor de estas ideas. Los médicos y los especialistas médico-legales también se refirieron a la práctica del infanticidio en los sectores pobres; y, por último, las cortes procesaron el crimen. <sup>23</sup>

El perfil social del acusado en la segunda mitad del siglo diecinueve es revelador: de unos treinta juicios de infanticidio encontrados para este período, principalmente de juzgados del valle central rural, todos los acusados resultan ser mujeres (casi todas la madre o abuela de la víctima), pobres, la abrumadora mayoría analfabetas y todas representadas por el defensor público de turno. <sup>24</sup>

En estos juicios se les acusa de la comisión activa y voluntaria del neonaticidio. Cier- to es que no queda muy clara la distinción entre la comisión activa e intencionada (la práctica procesada por el sistema judicial) por un lado, y la omisión pasiva, involuntaria, y hasta inconsciente (aquella condenada por los comentarios médicos) por el otro. Pero es esto lo importante: ya sea por la alimentación inadecuada, o por la sofocación premeditada, las

22 *El Ferrocarril Económico, Santiago, 28 de Marzo, 1895. El Día, Diario de la Tarde, Santiago, 22 de Octubre, 1890.*

23 *El infanticidio fue procesado por lo menos a partir del siglo dieciocho en Chile; el número de infanticidas acusadas aumentó bruscamente en la última década del siglo pasado. Sin embargo, difícilmente se podría interpretar este aumento como prueba del ethos de culpabilidad y de las preocupaciones por la mortalidad de párvulos por parte de la élite, pues las cifras pueden reflejar un aumento en la frecuencia del crimen mismo, o quizás el mero mejoramiento en la mantención de los registros judiciales.*

24 *Los expedientes provienen principalmente de los juzgados del valle central. Para una discusión más acabada de los juicios, las acusadas y las circunstancias del supuesto crimen ver Nara Milanich: "Entrañas mil veces despreciables e indignas". El infanticidio en el Chile rural decimonómico", 1995, trabajo inédito.*

mujeres de las clases populares, al parecer, eran todas peligrosas para sus niños.<sup>25</sup>

### *El infanticidio en la práctica popular.*

Queda claro que las severas críticas a los padres de las clases populares, por parte de los comentaristas de la élite, reflejaban prejuicios sociales profundamente arraigados, y que el discurso de culpabilidad revela mucho más sobre las preocupaciones de la élite que sobre los padres y niños de las clases populares. ¿Pero hasta qué punto son justificadas estas críticas? ¿Cómo acercarse a las actitudes y prácticas populares?. En este sentido son valiosos los juicios de infanticidio, pues nos otorgan la perspectiva de las mujeres acusadas del crimen.

De hecho, el testimonio del juicio muchas veces parece confirmar las acusaciones hechas en las fuentes que contienen el pensamiento de la élite. En dos casos, por ejemplo, hay testigos que declaran que la acusada explícitamente expresó su esperanza de que muriera su párvulo: “un día del mes de septiembre,” expone un pariente de Teresa Leiva, acusada de no haber amamantado a su recién nacido, “fui a casa de Teresa Leiva y al llegar... le pregunté por su hija y me contestó que estaba por ahí botada, entonces le dije que tuviera cuidado que no fuese ahogarse y me dijo que ojalá se muriese.” En otro juicio, la acusada Juana Ibarra es acusada por otra sirvienta de haber dicho después de parir, “ojalá se muriese el chico.” Al principio, Ibarra niega el cargo, pero cuando el testigo confirma su declaración, dice que no se acuerda haber dicho tal cosa.<sup>26</sup> A pesar de las indicaciones en su contra, Leiva e Ibarra niegan las acusaciones de infanticidio.

Pero varias de las acusadas se confiesan culpables del crimen, constituyendo otro indicio que parecería confirmar las acusaciones de la prensa y de los médicos. Margarita Quesada es una de cinco mujeres que se confiesa culpable del asesinato de su recién nacido:

“principié a sentir dolores i cuando ya me apresaron mucho en la noche, salí para afuera i a distancia de media cuadra de mi casa me senté en el suelo i esperé el desembarazo...Nació la criatura e inmediatamente la tomé de los barristas i la boté por encima de una cerca hacia la quebrada en que fue encontrada al día siguiente. Al momento me volví yo a casa i me acosté...El acto de nacer mi hijo i agarrarlo de los brazos para arrojarlo lejos, fue todo uno. No me cuidé de ver como había nacido, si vivo o muerto, sino que traté de desprenderme luego de él i volverme luego a casa.<sup>27</sup>

Pero, si el infanticidio podía ser el fantasma de críticos sociales predispuestos contra las prácticas y actitudes del bajo pueblo, era en todo caso un fenómeno angustiosamente verdadero. En este sentido, el testimonio de Quesada y de otras mujeres confesadas de infanticidio parecen confirmar justamente lo que esperaban la prensa y los médicos de las mujeres pobres.

En efecto, se ha interpretado el infanticidio en la historiografía como indicio de la

25 *El caso seguido contra Teresa Leiva, quien fue acusada de no amamantar al párvulo y de dejarlo morir de hambre, alude a esta ambigüedad. Contra Teresa Leiva por infanticidio, 1886. Archivo Judicial de San Felipe, Caja 55, 1886. En adelante AJSF, 55, 1886.*

26 *Contra Teresa Leiva por infanticidio, AJSF, 55, 1886. Por infanticidio contra Juana Ibarra, 1841. Archivo Judicial de San Felipe, Legajo 14, Pieza 14, en adelante, AJSF, 14, 14.*

27 *Por infanticidio contra Margarita Quesada, 1869. Archivo Judicial de Talca, 913, 25.*



falta de apego o cariño hacia los párvulos, en las sociedades en las cuales se lo practicaba.<sup>28</sup> ¿Es posible concluir, por lo tanto que, tal como la élite acusaba, los padres de los sectores populares en Chile no experimentaban un apego afectivo hacia su prole, demostrando una falta de cariño tan extrema, en algunos casos, que las madres llegaron a matar a sus recién nacidos? ¿O eran excepcionales mujeres como Margarita Quesada en el Chile del siglo pasado?

Evaluar la frecuencia de cualquier práctica ilícita en el pasado, como es el caso del infanticidio en el Chile decimonónico, resulta una cuestión compleja. El infanticidio era relativamente fácil de ocultar y difícil de probar. Por más vehementes que fuesen las presunciones contra la acusada, muchas veces las autopsias médicas no podían refutar la defensa más común de que la criatura nació muerta o que había muerto poco después de nacer, de causas naturales. Además, pocas veces había testigos del parto o del supuesto crimen. Por último, la frecuencia de los abortos, los mortinatos, los defectos congénitos y la muerte precoz en los recién nacidos complicó aún más la conclusión de que la muerte era un asunto de culpabilidades. Por todas estas razones, el identificar y enjuiciar a las personas responsables de infanticidio era una tarea difícil, por lo cual resulta aún más complicado para los historiadores determinar (por lo menos a través de los registros judiciales) cuántas Margaritas había.

Pero en vez de tratar de estimar la frecuencia del crimen, podemos abordar las actitudes populares desde otro punto de partida: preguntándonos cómo las personas y comunidades respondieron al crimen cuando éste ocurría. ¿Fue el infanticidio una práctica aceptada o, por lo menos, tolerada en la sociedad popular? Contestar esta pregunta es empezar a trazar las normas populares vigentes con respecto a la vida y muerte infantil.

Los indicios que ofrecen estos juicios son profundamente ambiguos. Por un lado, hay casos como el de Flora Peralta, quien momentos después de haber parido, bota a su neonato en una acequia, pero su vecina Pascuala Sierra siente los gritos de la criatura, observa un chorro de sangre cerca de su casa y empieza a averiguar que pasó. Más tarde le explica al juez que al descubrir el niño muerto, "reprendí con toda severidad a la Peralta por su crimen i le prometí dar parte a la autoridad para su castigo." Sierra no es tan sólo la vecina de Peralta sino también su "tía", quien la crió desde la infancia. Sin embargo, parece estar tan escandalizada por el crimen, que entrega a la Peralta a la policía y después expone en contra de ella en el juicio. Para Sierra el infanticidio es, al parecer, un crimen intolerable.<sup>29</sup>

Por otro lado, hay casos en los cuales la comunidad enfrenta indicios vehementes de que un infanticidio haya ocurrido con una pasividad deliberada. Al amanecer de una mañana, en agosto de 1869, los habitantes de la hacienda de San Francisco de Paula encuentran el cuerpo de una criatura "mui grande i con la cabeza cubierta de pelo." (es decir, un cuerpo fetal completamente desarrollado y a término), "a los pies del rancho" de la familia Quesada. Se encontraron huellas de que la criatura había muerto por violencia y varios testigos describen el estado del cadáver: "con un lado de la cara magullado i un brazo quebrado, donde lo arrojaron seguramente por entre la cerca al lado opuesto de una quebrada." Además, si el cadáver presentaba indicios de un infanticidio, los habitantes podían conjeturar quién era la autora. Se decía entre los vecinos que Margarita, una hija soltera de la familia Quesada, estaba embarazada y varias personas exponen que al sentir los llantos de un recién nacido la

28 Por ejemplo, Lloyd DeMause, "The Evolution of Childhood," in *The History of Childhood*, L. DeMause, ed. The Psychohistory Press, NY, 1974.

29 Por infanticidio contra Flora Peralta, 1899, Archivo Judicial de Copiapó, 1150, 13.



noche anterior, suponían que fuera ella la que había parido.

Pero la respuesta de los que hallaron el cadáver del recién nacido es reveladora. José del Carmen Ibarra, un vecino de las Quesadas, "llamó a Juan de Dios Quesada, hermano de Margarita, para que presenciase al niño i en seguida hizo un ollo i ahí mismo lo enterró." Esto es, a pesar de las evidencias palmarias de un infanticidio, parecería que esta comunidad no tuviera ninguna intención de indagar el asunto, ya que enterraron el cadáver (literalmente, el cuerpo del delito). Es más, se inició la indagación sólo tiempo después, cuando se enteró de lo sucedido el mayordomo de la hacienda y mandó que desenterraran el cadáver.<sup>30</sup>

No podemos saber si la actitud de la comunidad de Quesada fue cosa común, dado que los casos de infanticidio que llegaron a las cortes -y a los archivos- fueron justamente esos en que los vecinos dieron parte a las autoridades y cooperaron con sus investigaciones.<sup>31</sup> Es posible que hubieran muchos otros incidentes que no se enjuiciaron, porque las comunidades se quedaron calladas (a lo mejor corresponden a éstos los numerosos casos en los archivos del hallazgo de párvulos anónimos en los cuales las indagaciones legales no logran identificar a un acusado). Por otro lado, el hecho de que los vecinos estaban dispuestos a cooperar con las autoridades (como hacen en la mayoría de los casos que se enjuiciaron) no necesariamente demuestra un rechazo popular a las prácticas de infanticidio, como han señalado algunos autores;<sup>32</sup> al contrario, en ciertos casos, parece reflejar no intolerancia al crimen mismo, sino animosidad personal hacia la acusada o su familia.<sup>33</sup>

Si algo podemos saber de estos juicios es que, en la sociedad popular, ni se aceptaban ni se rechazaban de modo inequívoco el infanticidio y sus autores. En fin, nos movemos en un campo de preocupaciones en las que resulta difícil interpretar las motivaciones y acciones de los personajes que aparecen en estos juicios.

### *El abandono y la indiferencia.*

De todos modos, es probable que el neonaticidio intencionado fuera una manifestación poco común y extrema de las actitudes y prácticas que buscamos trazar.<sup>34</sup> Pero ¿qué hay de las actitudes más sutiles de pasividad, falta de apego e indiferencia? No sirven muy bien a este propósito los juicios de infanticidio; no es cosa sorprendente que las acusadas

30 *Por infanticidio contra Margarita Quesada, 1869, AJT, 913, 25.*

31 *Los vecinos eran informantes claves en los casos de infanticidio y las cortes dependían en gran medida de la vigilancia de la comunidad para identificar y procesar a los transgresores.*

32 *Stephen Wilson: "Infanticide, Child Abandonment, and Female Honor in Nineteenth-Century Corsica", Comparative Studies in Society and History, 30:4, Oct. 1988, p. 770.*

33 *El caso contra Salvadora Mendoza es un buen ejemplo. Su acusadora, Josefa Rocha, cree que Mendoza está envuelta en una relación adúltera con su marido y que, junto con su hermana, Mendoza ha ahogado al niño nacido de esa relación ilícita. Mendoza, su hermana y el marido supuestamente adúltero de Rocha son cuestionados, pero las indagaciones no entregan evidencia y el juez desiste del caso por falta de evidencia. Ciertamente la acusación emerge de una disputa personal entre Rocha y Mendoza más que de evidencias sustanciadas de que hubiera ocurrido un infanticidio (ni siquiera de un nacimiento). Por infanticidio contra Salvadora Mendoza y Bartolo Aguayo, 1865, Archivo Judicial de Concepción, 172-6.*

34 *Puede que el infanticidio, como ocurre en estos juicios, nos hable menos sobre las actitudes hacia la vida del niño, que de los códigos de honor involucrados en los embarazos premaritales (todas las acusadas eran solteras) y de las circunstancias de desamparo en las cuales las mujeres pobres, cargadas de hijos no deseados, se encontraban.*

las pautas de conducta maternal en el estrato popular a través del filtro de sus prejuicios de clase y de género.<sup>41</sup> Ciertamente es que los comentarios de la élite chilena demuestran por qué es importante algo de escepticismo al leer este tipo de fuentes. Sin embargo, los juicios de infanticidio y de abandono parecerían conducir a las mismas conclusiones.

El testimonio judicial no es de ningún modo imparcial, la corte es una esfera cargada de poder en la cual las declaraciones de acusados y testigos son condicionados por la mirada del juez, el deseo de condenar o absolver, o el registro inexacto de quien recopila. Sin embargo, el testimonio que se encuentra en estos juicios nos lleva, tan cerca como es posible, a las actitudes y las acciones de los padres de las clases populares, tal como las experimentaban y las entendían ellos mismos.

Y las pautas culturales populares que se ponen de relieve en los juicios (la aprobación o aceptación pasiva del infanticidio, por lo menos en algunas comunidades; una despreocupación con la vida neonata, por parte de las familias de la víctima en los juicios de abandono) parecerían confirmar la teoría de la desvalorización de la vida infantil.

### *La demografía en evolución, los valores culturales en competencia.*

En el fondo, las actitudes populares expresadas en los juicios por un lado y, por otro, el discurso de la culpabilidad por parte de la élite, reflejan dos pautas culturales en conflicto: la primera, los valores "tradicionales" de indiferencia y la segunda, las normas "modernas" de que la vida naciente tiene un valor intrínseco y vale la pena protegerla.

A su vez, estas normas reflejan la evolución de dos estructuras demográficas entre los estratos ricos y pobres, en la cual los niños pobres sufrían de una mortalidad desproporcionadamente alta. La desigualdad social es tema recurrente en el comentario sobre la mortalidad infantil.<sup>42</sup>

En 1895 dos médicos, que escribían para la Sociedad Protectora de la Infancia, señalaron que la mortalidad infantil en las familias pobres era diez veces más alta que en las de las ricas. Los estudios comparativos de la mortalidad infantil en distintos barrios de Santiago encontraron una disparidad comparable.<sup>43</sup> Parece probable que si bien siempre había una desigualdad social en la mortalidad, estas diferencias se hacían aún más agudas a fines del siglo a medida que las características malsanas de la pobreza urbana se llevaba a los niños

41 Marie-France Morel. "Reflections on some recent French literature on the history of childhood." *Continuity and Change*, 4(2), 1989, 332.

42 Salinas. *Op. cit.*, pp. 106-108.

43 Sierra y Moore citan una relación de 20 a 2 en la mortalidad infantil de los hogares pobres y ricos, p. 22. Dávila Boza encuentra una disparidad socioespacial menor, pero igualmente significativa en las parroquias santiaguinas a mediados del siglo XIX: la mortalidad infantil en la parroquia relativamente más rica de La Catedral es la mitad de aquellas populares de San Lázaro y Santa Ana. En efecto, los encargados de esta campaña apelan a esta disparidad para incitar a sus seguidores a acción: "Nada puede haber más grave para un país que la pérdida de sus hijos y nada más atrayente para aquellas personas que viven cómodas y holgadamente en sus domicilios, viendo a sus hijos abrigados y bien alimentados, que atender con solicitud de madre a esos náufragos de la vida que viven en recintos oscuros, estrechos e insalubres en que ninguna planta podría prosperar y en que esta delicada planta humana, conforme a las inevitables leyes de la naturaleza, va directamente a la anemia y a la muerte." Ismael Valdes Valdes: "Discurso inaugural en el Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia," Septiembre 1912, *Imprenta Universitaria, Santiago, 1920*, p. 107.

pobres. Es esta llamada "desigualdad social frente a la muerte"<sup>44</sup> un factor que podría explicar las diferencias de actitudes culturales frente a la vida y muerte infantil.

Si bien no existen indicios estadísticos de la evolución de la mortalidad infantil por clase social a lo largo del siglo es de suponer que, a principios del siglo, la mortalidad precoz azotaba no sólo a las familias pobres, sino también a las de la élite. Las instrucciones de Adriana Montt y Prado a su nuera de cómo enfrentar la muerte infantil parece indicar que era fenómeno común en las primeras décadas del siglo, tiempo en que fue escrita la carta. Además, mientras habla de los aspectos prácticos y rituales de la muerte, no se ocupa de los aspectos emotivos o psicológicos de la pérdida. Este discurso recuerda a las actitudes que a fines del siglo se habían convertido en pautas culturales exclusivamente de los estratos más pobres:

"Querida hijita:

Cuando los niños se enferman de alferecía y se mueren, se debe tomar la cuna o cesto y toda la ropa y quemarla, para que el mal no infeste a otras criaturas. No olvides que a todo niño enfermo debe ponérsele un Evangelio, que da tan buen resultado y a los grandes la confesión y la santa extremaunción. Si son de vida, viene pronto la mejoría; y si de muerte, la obtienen con mucho desprendimiento y tranquilidad..."

La resignación de la señora Montt al enfrentar la mortalidad infantil refleja la de María del Carmen Díaz, una lavandera acusada del infanticidio unos cuarenta años después, quien dice de la muerte de su neonato que "Dios lo había echo." Es esta deferencia a la inefable voluntad divina en el asunto de la vida y muerte infantil lo que se convertiría en blanco de los comentaristas médicos a fines del siglo.<sup>45</sup>

De este modo, las crecientes desigualdades sociales frente a la mortalidad infantil habrían causado una disparidad paralela en las actitudes populares y de la élite hacia la infancia. Mientras los padres pobres seguían celebrando la ascensión de sus legiones de angelitos, para los ricos era posible desarrollar un apego afectivo con su prole, a quienes esperaba un porvenir cada vez más favorable en términos de sobrevivencia. Este apego es evidente en la reacción de Eugenia Borgoño frente a la muerte de su hijo, en una carta fechada 1859 a su cuñado Diego Barros Arana:

"Por el vapor pasado tuve el gusto de recibir una cartita tuya casualmente en los momentos más tristes que he tenido en mi vida ... El 19 del pasado he tenido la desgracia de perder a mi hijita Eugenia cuando me consideraba tan dichosa por haberla criado yo sola, tan gorda y tan hermosa que era la admiración de todas las personas que la veían. Solamente dos días han sido bastante para concluir con su existencia en toda su robustez un ataque de los más violentos al cerebro. Ya tú te podrás imaginar cuál será mi sentimiento y te ase-

44 Salinas, *Op. cit.*, 107.

45 Adriana Montt y Prado a su nuera Mercedes de Leon, en su hacienda, Santiago, 182?, en Sergio Vergara Quiroz: *Cartas de Mujeres en Chile, 1630-1885*, Andres Bello, Santiago, 1987, p. 115. Es también posible que el rito del angelito fuera practicado por las élites. Aunque no he encontrado evidencias para Chile, según Freyre, el rito del angelito fue practicado entre las élites coloniales de Brasil, ver Freyre in Schepher-Hughes, *Op. cit.*, p. 417. El autor sugiere que el rito del angelito fue practicado en todos los grupos raciales y socioeconómicos en América Latina. Si esto es verdad, la caracterización del rito del angelito como una costumbre "colonial", que encontramos en alguno de nuestros comentaristas nacionales (ver Sierra y Moore, p. 14), puede ser irónicamente cierta.



las pautas de conducta maternal en el estrato popular a través del filtro de sus prejuicios de clase y de género.<sup>41</sup> Ciertamente es que los comentarios de la élite chilena demuestran por qué es importante algo de escepticismo al leer este tipo de fuentes. Sin embargo, los juicios de infanticidio y de abandono parecerían conducir a las mismas conclusiones.

El testimonio judicial no es de ningún modo imparcial, la corte es una esfera cargada de poder en la cual las declaraciones de acusados y testigos son condicionados por la mirada del juez, el deseo de condenar o absolver, o el registro inexacto de quien recopila. Sin embargo, el testimonio que se encuentra en estos juicios nos lleva, tan cerca como es posible, a las actitudes y las acciones de los padres de las clases populares, tal como las experimentaban y las entendían ellos mismos.

Y las pautas culturales populares que se ponen de relieve en los juicios (la aprobación o aceptación pasiva del infanticidio, por lo menos en algunas comunidades; una despreocupación con la vida neonata, por parte de las familias de la víctima en los juicios de abandono) parecerían confirmar la teoría de la desvalorización de la vida infantil.

### *La demografía en evolución, los valores culturales en competencia.*

En el fondo, las actitudes populares expresadas en los juicios por un lado y, por otro, el discurso de la culpabilidad por parte de la élite, reflejan dos pautas culturales en conflicto: la primera, los valores "tradicionales" de indiferencia y la segunda, las normas "modernas" de que la vida naciente tiene un valor intrínseco y vale la pena protegerla.

A su vez, estas normas reflejan la evolución de dos estructuras demográficas entre los estratos ricos y pobres, en la cual los niños pobres sufrían de una mortalidad desproporcionadamente alta. La desigualdad social es tema recurrente en el comentario sobre la mortalidad infantil.<sup>42</sup>

En 1895 dos médicos, que escribían para la Sociedad Protectora de la Infancia, señalaron que la mortalidad infantil en las familias pobres era diez veces más alta que en las de las ricas. Los estudios comparativos de la mortalidad infantil en distintos barrios de Santiago encontraron una disparidad comparable.<sup>43</sup> Parece probable que si bien siempre había una desigualdad social en la mortalidad, estas diferencias se hacían aún más agudas a fines del siglo a medida que las características malsanas de la pobreza urbana se llevaba a los niños

41 Marie-France Morel, "Reflections on some recent French literature on the history of childhood," *Continuity and Change*, 4(2), 1989, 332.

42 Salinas, *Op. cit.*, pp. 106-108.

43 Sierra y Moore citan una relación de 20 a 2 en la mortalidad infantil de los hogares pobres y ricos, p. 22. Dávila Boza encuentra una disparidad socioespacial menor, pero igualmente significativa en las parroquias santiaguinas a mediados del siglo XIX: la mortalidad infantil en la parroquia relativamente más rica de La Catedral es la mitad de aquellas populares de San Lázaro y Santa Ana. En efecto, los encargados de esta campaña apelan a esta disparidad para incitar a sus seguidores a acción: "Nada puede haber más grave para un país que la pérdida de sus hijos y nada más atrayente para aquellas personas que viven cómodas y holgadamente en sus domicilios, viendo a sus hijos abrigados y bien alimentados, que atender con solicitud de madre a esos náufragos de la vida que viven en recintos oscuros, estrechos e insalubres en que ninguna planta podría prosperar y en que esta delicada planta humana, conforme a las inevitables leyes de la naturaleza, va directamente a la anemia y a la muerte." Ismael Valdes Valdes: "Discurso inaugural en el Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia," Septiembre 1912, *Imprenta Universitaria*, Santiago, 1920, p. 107.

pobres. Es esta llamada "desigualdad social frente a la muerte"<sup>44</sup> un factor que podría explicar las diferencias de actitudes culturales frente a la vida y muerte infantil.

Si bien no existen indicios estadísticos de la evolución de la mortalidad infantil por clase social a lo largo del siglo es de suponer que, a principios del siglo, la mortalidad precoz azotaba no sólo a las familias pobres, sino también a las de la élite. Las instrucciones de Adriana Montt y Prado a su nuera de cómo enfrentar la muerte infantil parece indicar que era fenómeno común en las primeras décadas del siglo, tiempo en que fue escrita la carta. Además, mientras habla de los aspectos prácticos y rituales de la muerte, no se ocupa de los aspectos emotivos o psicológicos de la pérdida. Este discurso recuerda a las actitudes que a fines del siglo se habían convertido en pautas culturales exclusivamente de los estratos más pobres:

"Querida hijita:

Cuando los niños se enferman de alferecía y se mueren, se debe tomar la cuna o cesto y toda la ropa y quemarla, para que el mal no infeste a otras criaturas. No olvides que a todo niño enfermo debe ponerse un Evangelio, que da tan buen resultado y a los grandes la confesión y la santa extremaunción. Si son de vida, viene pronto la mejoría; y si de muerte, la obtienen con mucho desprendimiento y tranquilidad..."

La resignación de la señora Montt al enfrentar la mortalidad infantil refleja la de María del Carmen Díaz, una lavandera acusada del infanticidio unos cuarenta años después, quien dice de la muerte de su neonato que "Dios lo había echo." Es esta deferencia a la inefable voluntad divina en el asunto de la vida y muerte infantil lo que se convertiría en blanco de los comentaristas médicos a fines del siglo.<sup>45</sup>

De este modo, las crecientes desigualdades sociales frente a la mortalidad infantil habrían causado una disparidad paralela en las actitudes populares y de la élite hacia la infancia. Mientras los padres pobres seguían celebrando la ascensión de sus legiones de angelitos, para los ricos era posible desarrollar un apego afectivo con su prole, a quienes esperaba un porvenir cada vez más favorable en términos de sobrevivencia. Este apego es evidente en la reacción de Eugenia Borgoño frente a la muerte de su hijo, en una carta fechada 1859 a su cuñado Diego Barros Arana:

"Por el vapor pasado tuve el gusto de recibir una cartita tuya casualmente en los momentos más tristes que he tenido en mi vida ... El 19 del pasado he tenido la desgracia de perder a mi hijita Eugenia cuando me consideraba tan dichosa por haberla criado yo sola, tan gorda y tan hermosa que era la admiración de todas las personas que la veían. Solamente dos días han sido bastante para concluir con su existencia en toda su robustez un ataque de los más violentos al cerebro. Ya tú te podrás imaginar cuál será mi sentimiento y te ase-

---

<sup>44</sup> Salinas, *Op. cit.*, 107.

<sup>45</sup> Adriana Montt y Prado a su nuera Mercedes de Leon, en su hacienda. Santiago, 182?, en Sergio Vergara Quiroz: *Cartas de Mujeres en Chile, 1630-1885*, Andres Bello, Santiago, 1987, p. 115. Es también posible que el rito del angelito fuera practicado por las élites. Aunque no he encontrado evidencias para Chile, según Freyre, el rito del angelito fue practicado entre las élites coloniales de Brasil, ver Freyre in Scheper-Hughes, *Op. cit.*, p. 417. El autor sugiere que el rito del angelito fue practicado en todos los grupos raciales y socioeconómicos en América Latina. Si esto es verdad, la caracterización del rito del angelito como una costumbre "colonial", que encontramos en alguno de nuestros comentaristas nacionales (ver Sierra y Moore, p. 14), puede ser irónicamente cierta.

guro que es tal mi desesperación que creo no poder encontrar consuelo en el mundo.”<sup>46</sup>

Su “desesperación” sin “consuelo en el mundo” contrasta con las instrucciones ásperas de Montt, tres o cuatro décadas antes, y con los velorios de angelito que se celebraban coetáneamente entre los sectores populares. La vida naciente -y el amor maternal- se hicieron sacrosantos. La representación halagüeña de la relación padre-niño aparece en una revista fechada 1896 de la Sociedad Protectora de la Infancia y refleja este ethos: “El niño! ... simpática palabra que envuelve la idea de cariño y de ternura. El niño es el objeto constante de nuestros cuidados y desvelos; nos ocupamos sin cesar de él ... Los primeros meses del niño ... [son] ... uno de los más deliciosos momentos de la vida.”<sup>47</sup> Esta perspectiva nos parece hoy tan familiar como nos es ajeno el rito del angelito.

El intento por redefinir en términos normativos la ignorancia, descuido e indiferencia de los padres pobres y el discurso de la culpabilidad, a través del cual se expresaba, se culminaron en las últimas décadas del siglo pasado y primeras décadas del veinte, cuando los miembros de la comunidad médica que disfrutaban de una influencia cada vez mayor se convirtieron en los difusores principales de estas sensibilidades culturales nuevas, que se expresaban a través de la lógica positivista de la salud pública y de la puericultura científica.<sup>48</sup> Si se basaban las preocupaciones de la élite en un sentido humanitario hacia los niños pobres, o más bien en los requisitos pronatalistas de las aspiraciones nacionales, es una pregunta que queda planteada.

Por cierto, este proyecto de ingeniería sociomoral se basaba en una gran falacia, esto es, la suposición de que era la indiferencia de los padres pobres hacia su prole la que conducía a la asombrosa tasa de mortalidad infantil, cuando parecería ser justo pensar en una relación inversa: eran las circunstancias materiales las que conducían a la mortalidad precoz y a estrategias culturales que buscaban “justificar” la pérdida catastrófica de la vida infantil entre los que la enfrentaban como realidad cotidiana. Si bien estas actitudes culturales a la vez actuaban en perjuicio del bienestar infantil, no fueron éstas las causas principales u originarias de la mortalidad infantil. Aceptar la teoría de la indiferencia y el descuido por parte de los padres pobres, por lo tanto, no necesariamente significa aceptar el discurso (normativa y políticamente cargado) de la culpabilidad, a través del cual la élite interpretaba esta indiferencia.

A pesar de las conferencias, guías, revistas y estudios la mortalidad infantil se mantuvo en cifras muy elevadas a lo largo de la primera mitad de este siglo.<sup>49</sup> Sin embargo, la campaña por inculcar las sensibilidades fue provechosa para sus promotores: el discurso de la culpabilidad oportunamente sirvió para quitar la responsabilidad, sobre la mortalidad infantil propia, a un orden socioeconómico profundamente atrasado y desigual y asignarla sobre los individuos del estrato popular.

---

46 Eugenia Borgoño a su cuñado Diego Barros Arana, en *Europa*, Santiago, 15 de diciembre de 1859, en Vergara, *Op. cit.*, pp. 320-321.

47 Daniel Carvallo, *Revista Sociedad Protectora de la Infancia de Valparaíso*, año IV, N° II, 1896, p. 5.

48 Se hace breve mención de un fenómeno semejante en Francia, donde las élites positivistas buscaron imponer las normas científicas de puericultura sobre las poblaciones proletarias que recién llegaban a la ciudad, Morel, *Op. cit.*, p. 327. La aceptación entusiasta de la puericultura, por parte de los comentaristas de las revistas de salud pública a fines del siglo, confirman la ocurrencia de un fenómeno parecido en Chile.

49 Ver Mamalakis, p. 15. Señala que “although appreciable, the fall in the infant mortality rate [en Chile durante la primera mitad del siglo veinte] has been proportionally slower than the decline in the death rate for the age groups 1 to 50.”